

Los paradigmas de la Edad Media y del Renacimiento en el estudio de la Tradición Clásica*

Francisco García Jurado
Universidad Complutense de Madrid

TRADICIÓN CLÁSICA: RELATO Y PARADIGMAS HISTORIOGRÁFICOS

Menéndez Pelayo definió lo que en su época era el estudio de Tradición Clásica (T.C.) como aquel que “comprende la historia de cada uno de los clásicos en España, las vicisitudes de su fortuna entre nosotros, el trabajo de nuestros humanistas sobre cada uno de los textos, las imitaciones y reminiscencias que en nuestra literatura pueden encontrarse” (Menéndez Pelayo 1902). En este sentido, la T.C. es, ante todo, una “historia literaria” que ha presentado, someramente, estas tres modalidades al ser relatada:

- a) la historia de cada autor antiguo, de manera particularizada, en la literatura moderna
- b) la historia de la pervivencia de la literatura grecolatina, de manera general, en la literatura moderna
- c) una organización temática donde, dentro de cada entrada, se consideran aspectos distintos, como temas o motivos, autores antiguos y modernos relevantes, etc.

El primer modelo tiene que ver, básicamente, con las primeras configuraciones de los estudios de T.C., a la manera de *Horacio en España* de Menéndez Pelayo (García Jurado 2012a). El segundo modelo es, sobre todo, el de Gilbert Highet en su obra *The Classical Tradition*, configurado como una historia que se atiene a la periodización de la literatura moderna. Finalmente, el tercer modelo responde al manual más reciente que se acaba de publicar en esta materia, la monografía titulada *The Classical Tradition*, a cargo de Anthony Grafton, Glenn W. Most y Salvatore Settis (Grafton *et alii* 2010), que ofrece una organización alfabética, desde la entrada

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación FFI2010-14963, “Historiografía de la literatura grecolatina en España, de la Ilustración al Liberalismo (HLGE0)”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (antiguo Ministerio de Ciencia e Innovación).

“Academy” hasta “Zoology”. Al adoptar esta organización temática se rompe radicalmente con el modelo de Highet, quien, a su vez, había superado el modelo de estudio particular por autores. En cualquier caso, e independientemente de cómo se relate, la T.C. ha sido, en la práctica, un estudio de carácter eminentemente histórico (más que estético). Esto explica por qué la T.C. ha partido desde sus primeras configuraciones de dos paradigmas historiográficos fundamentales, bien para asumirlos, bien para rechazarlos. Nos referimos a los paradigmas de la Edad Media, por un lado, y del Renacimiento, por otro. En este sentido, González Rolán observó hace unos años cómo de una manera defectiva se venía rechazando la relación de la T.C. con la literatura de la Edad Media, a pesar de que una monografía tan fundamental como la *Literatura europea y Edad Media latina*, de Ernst Robert Curtius, hubiera intentado, precisamente, conciliar la Edad Media con la T.C. Curtius defendía la idea de continuidad cultural frente a la ruptura que implica la propia denominación de Renacimiento como metáfora de la resurrección de los clásicos grecolatinos tras un período de supuesta muerte. En realidad, esta cuestión también está dando cuenta de la propia génesis de la T.C. como estudio específico a finales del s. XIX, pues cuando se configuró como disciplina, la historiografía había desarrollado, no sin una evidente carga ideológica, dos poderosos paradigmas historiográficos: el de la Edad Media, que miraba en lo cristiano la base de la construcción cultural europea, y el del Renacimiento, que ponía sus ojos en la Antigüedad Clásica, asociada al Paganismo. Esta es, por tanto, una apasionante cuestión que al profesor González Rolán no podía dejarlo indiferente. En realidad, que una parte fundamental de sus estudios haya tratado acerca del siglo XV no deja de ser un desafío a semejante tensión historiográfica, ya que lo que se ha venido en llamar, no sin reservas, “prerrenacimiento”, no deja de ser un admirable período de transición donde puede apreciarse el diálogo entre lo que hemos entendido como cultura medieval con las nuevas ideas de lo que se ha venido a llamar el “humanismo renacentista”. Por todo ello, es mi intención en estas líneas esbozar las líneas básicas de la cuestión partiendo, sobre todo, de los estudios sobre Historia Cultural que tienen su punto de partida en el Warburg Institute, verdadero epicentro de la tensión entre ambos paradigmas historiográficos.

T.C. Y EDAD MEDIA

En una obra dedicada a la T.C. en España durante los siglos XIII a XV, sus autores, González Rolán, Saquero y López Fonseca (González Rolán *et alii* 2002) establecieron varios aspectos de método y concepto especialmente útiles para considerar los límites de la disciplina en cuestión. Consideraron que la “Tradición textual”

(más conocida como “Transmisión textual”) de los autores clásicos, al considerarlos como parte integrante de la T.C., creaba una interesante dicotomía entre lo que es una tradición propiamente intralingüística (tradición textual como tal) y otra donde los motivos y los aspectos de la literatura antigua transcendían al ámbito de las lenguas modernas. Si bien es esta última acepción la que con más frecuencia constituye el objeto de la T.C., el aspecto textual ofrece perspectivas más que insólitas y novedosas a la hora de concebirla no tanto como un estudio específico, sino como un hecho que puede dejar su huella tanto en las traducciones como en las propias reminiscencias literarias¹. De esta forma, la T.C. clásica no sólo tendría que concebirse, en principio, como la ya referida historia de los autores grecolatinos en las literaturas modernas, sino que habría que considerar igualmente la propia historia de la transmisión textual². Este hecho de ponderar la tradición textual no está desconectado en absoluto de la segunda llamada de atención que se hace en esta obra, pues al dedicar su estudio, precisamente, a la T.C. durante la Edad Media, los autores ponían en evidencia lo erróneo que resulta considerar lo medieval como algo ajeno al legado de la Antigüedad (precisamente, un período clave para la transmisión de los textos clásicos desde el mundo antiguo al moderno), a pesar de la tendencia mayoritaria a relacionar la T.C. preferentemente con el Renacimiento:

A primera vista puede parecer sorprendente y hasta paradójico que relacionemos los términos tradición clásica, o humanismo, con la Edad Media, sea hispánica o europea, en primer lugar, porque la inmensa mayoría de los historiadores de las literaturas vernáculas cuando dedican un capítulo a estos temas lo comienzan siempre a partir del Renacimiento y sobre todo porque los propios humanistas italianos dejaron muy claro que su ideal de civilización inspirado en la Antigüedad grecolatina se oponía radicalmente a la Edad Media, que para ellos era sinónimo de barbarie [...] (González Rolán *et alii* 2002, p.19).

En efecto, ya el temprano Petrarca había escrito aquella famosa expresión de *in medio sordes*, intuyendo lo que con los siglos terminaría configurándose como una verdadera interrupción historiográfica entre la Antigüedad y la Edad Moderna, y que los historiadores del siglo XIX consolidaron con la ayuda de la novela histórica de Walter Scott. Junto al poderoso paradigma histórico y estético de la Edad Media

¹ Así lo hemos comprobado nosotros, por ejemplo, en nuestro estudio sobre la primera traducción del Aulo Gelio a la lengua española (García Jurado, 2012b).

² Habría que añadir que no sólo la transmisión manuscrita, sino la de las mismas ediciones impresas.

también se desarrolló un paradigma alternativo que ponía en el llamado “Renacimiento” todo su énfasis como etapa de cambio y renovación³. Probablemente sea el Warburg Institute, cuyas líneas de investigación se han centrado en la tradición de las artes, donde este modelo historiográfico haya experimentado el desarrollo más notable. El propio espíritu del fundador del instituto, el erudito alemán Aby Warburg, fue decisivo en este sentido. Así las cosas, la oposición entre lo “medieval” y lo “renacentista” constituyó una polaridad muy productiva en el siglo XIX que dividió a ciertos teóricos entre los partidarios de lo clásico, pagano y renacentista, de un lado, y de lo gótico, cristiano y medieval, por otro. No en vano, el término “Renacimiento” se acuña en el contexto de esta polaridad gracias, entre otros, a uno de los historiadores de la cultura que más van a inspirar, precisamente, los estudios del propio Warburg, el suizo Jakob Burckhardt.

BURCKHARDT Y LA HISTORIA CULTURAL

Hay ciertas preguntas que deberían resultar absolutamente pertinentes a la hora de trazar una moderna historia de los estudios clásicos. Entre otras, cabría formular las siguientes cuestiones: ¿qué representan los estudios clásicos en la cultura moderna, tras la Ilustración?, ¿cuál es su razón de ser en el ámbito educativo e intelectual? o, de manera más concreta, ¿qué función desempeñan los propios manuales de literatura griega y latina en este moderno contexto? En particular, la pequeña historia de los manuales de literatura clásica formaría parte de estos nuevos mecanismos de representación que podemos entender en términos de una “historia cultural” de los estudios clásicos en el mundo moderno. A pesar de lo resbaladizo que resulta el concepto de “historia cultural”, Peter Burke intenta definirla como aquella que presta una atención especial a lo simbólico y su interpretación:

El común denominador de los historiadores culturales podría describirse como la preocupación por lo simbólico y su interpretación. Conscientes o inconscientes, los símbolos se pueden encontrar por doquier, desde el arte hasta la vida cotidiana, pero una aproximación al pasado en términos del simbolismo no es sino una aproximación entre otras. Una historia cultural de los pantalones, por ejemplo, diferiría de una his-

³ Ángel Gómez Moreno hace la pertinente observación de que “Renacimiento” ha sido acuñado en época moderna y en ambiente erudito (*España y la Italia de los humanistas. Primeros Ecos*, Madrid, 1994, p.24), con atinadas alusiones a Rico (en concreto, el libro que iba a titularse *La invención del Renacimiento en España*), Burckhardt (*La cultura del Renacimiento en Italia*), Symonds (*El Renacimiento en Italia*) y François Masai (“La notion de Renaissance. Equivoques et malentendus”, *Revue Belge d'Archéologie et d' Histoire de l'Art* 35, 1965, pp.137-166).

toria económica del mismo asunto, al igual que una historia cultural del Parlamento diferiría de una historia política de la misma institución. (Burke 2010, p. 15)

De esta forma, cabría preguntarse qué representa el estudio de la T.C. en el nuevo contexto cultural postilustrado donde se desarrolla en calidad de disciplina histórica. Una de las posibles respuestas nos viene dada si acudimos a los propios fundamentos de la historia cultural en su formulación más clásica, precisamente la que se encuentra en Burckhardt como el creador de un poderoso imaginario renacentista que luego continuarán desarrollando otros estudiosos de la historia cultural, como el ya citado Warburg. Precisamente, en su libro titulado *La cultura del Renacimiento en Italia*, publicado en 1862, Burckhardt nos ofrece un capítulo dedicado a tratar acerca de “El resurgir de la Antigüedad”:

”Llegados a este punto de nuestra sinopsis de la historia de la cultura, tócanos ahora considerar el mundo antiguo, cuyo “renacimiento” ha dado nombre, con parcialidad evidente, a toda esta época.” (Burckhardt 1985, p.129)

Burckhardt es uno de los historiadores que más ha contribuido a la creación del poderoso paradigma historiográfico del “Renacimiento”, merced al cual la cultura de los siglos XV y XVI pasó a quedar definida bajo ese nombre por antonomasia, ya en la segunda mitad del siglo XIX. La T.C. ha quedado unida, precisamente, a ese valor simbólico de renacer en nuevas circunstancias y tiempos, inscrita en un complejo marco donde no sólo analizamos el pasado, sino nuestra propia modernidad en relación con ese pasado. Precisamente, los manuales de T.C. contribuyeron a la difusión de este paradigma historiográfico, configurando así una etapa ideal de renacer de la Antigüedad en los tiempos modernos. Legítimo heredero de la *Kulturgeschichte* formulada durante la segunda mitad del siglo XIX por Burckhardt, el mundo académico anglosajón, sobre todo, cuenta en su haber con una escuela de estudios dedicados a la historia cultural que por su carácter abierto y fecundo es imprescindible para que podamos entender cuál ha sido el devenir de los estudios de T.C., especialmente en las artes, a partir de los años 70 del siglo XX. El nombre clave desde el que irradian los nuevos planteamientos es el de Aby Warburg, cuyo conocido instituto, primero hamburgués y luego londinense, lleva su nombre. Aunque falleció en 1929, sus ideas sobre la reutilización de los elementos del arte de la Antigüedad en el Renacimiento no han sido valoradas en su justa medida hasta el decenio de los años 70 del siglo XX. Leamos un pequeño texto que puede ilustrarnos perfectamente acerca de su pensamiento:

No debemos intimar con la Antigüedad para que nos responda a la cuestión de si es clásicamente serena o, por el contrario, está afectada de un frenesí demoníaco, apun-

tando una pistola sobre su pecho, obligándola a elegir entre una cosa o la otra. Saber si la Antigüedad nos empuja a la acción apasionada, o nos induce a la serenidad de una tranquila sabiduría, depende en realidad del carácter subjetivo de la posteridad antes que de la consistencia objetiva de la herencia clásica. Toda época tiene el renacimiento de la Antigüedad que se merece. (Nota del material relativo a la conferencia sobre *Rembrandt, Italianische Antike im Zeitalter Rembrandts*, mayo de 1926 [apud Warburg 2005, p. 17])

Cabe entrever la impronta que el *Origen de la tragedia* de Nietzsche ha ejercido en esa visión del “frenesí demoníaco”, símbolo de una Grecia muy alejada del estatismo de los mármoles imaginados por Winckelmann. Asimismo, cabe ver perfectamente la idea de una recepción activa de la Antigüedad que está ligada, como cabría esperar en un seguidor de las ideas de Burckhardt, al concepto historiográfico del Renacimiento. En este sentido, son muy característicos de Warburg sus estudios acerca del *Nacimiento de Venus* de Botticelli. Warburg consigue convertir un detalle inapreciable para el común de los mortales, por ejemplo, una suave brisa, en una verdadera piedra de toque para sus análisis:

Con esto damos por terminadas nuestras disquisiciones a propósito del *Nacimiento de Venus* de Botticelli. En una serie de obras de arte emparentadas por el objeto que tratan –el cuadro de Botticelli, el poema de Poliziano, la novela arqueológica de Francesco Colonna, el dibujo procedente del círculo de Botticelli y las descripciones de obras de arte de Filarete– se pone de manifiesto la inclinación, nacida del conocimiento que entonces se tenía del mundo antiguo a recurrir a las obras de arte de la Antigüedad siempre que se trataba de encarnar la vida en su movimiento externo. (Warburg 2005, p. 87)

Desde un motivo acaso tan sutil como el movimiento que el aire provoca al mecer unos cabellos o un vestido, Warburg indaga no sólo en la posible arqueología de tal motivo en el arte y la literatura antiguos, sino en su significado oculto. De esta forma, el recurso a las obras de arte de la Antigüedad para representar en el Renacimiento el “movimiento externo” encarna como tal la esencia de una concepción profundamente vital de lo clásico (de nuevo la impronta de Nietzsche). La literatura y el arte antiguos se conjugan aquí para que apreciemos cómo Botticelli hizo algo más que inspirarse en el comienzo del *De rerum natura* de Lucrecio, o en el *Himno homérico a Afrodita* para pintar su cuadro sobre Venus. Botticelli –o Poliziano– “resucita” la Antigüedad al hacer que ésta vuelva a encarnar la vida en sus composiciones, y es de esta forma como podemos apreciar el profundo sentido de la “Renaissance” que el historiador Burckhardt había conferido a ese áureo período histórico desde la imaginación moderna.

CONTINUIDAD MEDIEVAL FRENTE A RUPTURA: CURTIUS Y BOLGAR

Como antes apuntábamos, González Rolán se inscribe conscientemente en la línea de los estudios reunidos en *Literatura europea y Edad Media latina*, del romanista Ernst Robert Curtius (Curtius 1989). Curtius, al margen de las deficiencias tantas veces señaladas en su estudio, intentó justificar la unidad europea a través de la misma transmisión del legado clásico durante la Edad Media. Sin embargo, fue también en el Warburg Institute donde encontró su inspiración, con la diferencia básica de que se decantó preferiblemente por el paradigma histórico de lo medieval, en la idea de su continuidad con el mundo antiguo. De esta forma, en el Warburg Institute habría que buscar, paradójicamente, el desarrollo más notable de ambas tendencias historiográficas. Curtius publica en 1948 su obra de compilación titulada *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, si bien los diferentes estudios que la componen habían venido forjándose desde tiempo atrás. Resulta, pues, esencial el hecho de que el pensamiento de Curtius esté poderosamente influido por la escuela de Warburg en lo que a la preocupación por la historia cultural se refiere, sin que ello sea óbice para que la Edad Media venga a representar, ante todo, el referido afán de continuidad histórica (Curtius 1989, p.34 y *passim*) entre la Antigüedad latina y la cultura de Occidente. Este planteamiento nace como defensa de un humanismo inmanente que pretende explicar el tronco común de la cultura europea, incluida la alemana, frente al “sociologismo” de Karl Mannheim, acorde a los oscuros tiempos del nazismo. Así nos lo recuerda Joaquín Rubio Tovar:

Más allá de las antipatías personales, el enfrentamiento intelectual entre Curtius y Mannheim permite explicar alguna de las razones que llevaron al romanista a escribir LEEML. Curtius consideraba que el *sociologismo* (término por el que entendía la pretensión de la sociología de convertirse en una ciencia absoluta) traería consigo un empobrecimiento gravísimo de las disciplinas humanísticas. La sociología le parecía consecuencia de la politización de una sociedad que iba a quedar en adelante huérfana del espíritu. Curtius expresó su desacuerdo en distintos momentos, como en el tribunal que había de juzgar un trabajo del sociólogo (concretamente, un estudio sobre el pensamiento conservador) en la Universidad de Heidelberg. Mannheim sostenía que el pensamiento conservador se había fundamentado en la idea de continuidad como reacción a la amenaza de cambios sociales. (Rubio Tovar 1997, pp.156-157)

Pocos años después de que Highet publicara su *Classical Tradition*, Robert Ralph Bolgar, profesor del King's College de la Universidad de Cambridge, da a las prensas su obra titulada *The classical heritage and its beneficiaries* (Bolgar 1954), que intenta trazar una historia no sólo literaria, sino cultural e intelectual del legado clá-

sico. El libro abarca de manera significativa el tramo histórico que transcurre desde la etapa carolingia hasta el renacimiento, de forma que se centra en los dos grandes paradigmas historiográficos ya señalados: el medieval (con el llamado “Renacimiento carolingio”) y el renacentista (con el “Renacimiento” por antonomasia). La obra de Bolgar bascula entre los paradigmas de la Edad Media y el Renacimiento, con clara preferencia por lo medieval. Como bien apunta J. Tate en su reseña de la obra (Tate 1956), es significativo, por ejemplo, el desdén que el autor muestra por la escuela florentina de los neoplatónicos. Sin embargo, ya desde la primera página de las conferencias que integran la obra *Classical influences on European Culture A.D. 500-1500*, editadas por el mismo Bolgar, puede verse la deuda intelectual contraída con el Warburg Institute. Así lo vemos en las palabras de L.P. Wilkinson, que organizó con Bolgar tales jornadas:

As soon as Lord Annan’s proposal was accepted, Dr. Bolgar and I applied for help with a conference on classical influences, a subject in which we were both interested. Having taken this step, our first thought was to ask for advice and assistance from the Warburg Institute, and these were generously given by its Director, Professor E.H. Gombrich and its Librarian, Mr J.B. Trapp. (Bolgar 1971, p.v)

Asimismo, no es baladí el hecho de que la obra comience con una primera parte dedicada a los manuscritos latinos para tratar luego, ya en la segunda parte, acerca de las lecturas de tales manuscritos. La tradición textual vuelve a mostrarse como una pieza clave en la construcción historiográfica de la T.C. como tal, ligada especialmente a la Edad Media. De esta forma, tanto Curtius como Bolgar se muestran acérrimos defensores de la continuidad de la cultura occidental de la Edad Media, pero ambos son también deudores de los planteamientos del Warburg Institute, cuyo fundador puso, no obstante, sus ojos en el Renacimiento.

CONCLUSIONES

En realidad, los paradigmas historiográficos de la Edad Media y el Renacimiento aplicados a la T.C. no dejan de ser caras de una misma moneda. La Historia cultural, en su afán por hallar lo que significa, en este caso, la Antigüedad para el mundo moderno, bascula entre ambas interpretaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- R.R. Bolgar (1954), *The classical heritage and its beneficiaries*, Cambridge.
R.R. Bolgar (ed.) (1971), *Classical influences on European Culture A.D. 500-1500*, Cambridge.

- P. Burke (2010), *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona.
- E. R. Curtius (1989), *Literatura europea y Edad Media Latina* 1-2, México.
- F. García Jurado (2012a), "Menéndez Pelayo y los estudios de Tradición clásica en España", *Ínsula* 790, pp.14-16.
- F. García Jurado (2012b), "¿La primera traducción hispana de Aulo Gelio? Francisco Navarro y la Biblioteca Clásica. Transmisión textual y tradición clásica", *Ordia Prima* 11.
- T. González Rolán - P. Saquero - A. López Fonseca (2002), *La tradición clásica en España (siglos XIII-XV). Bases conceptuales y bibliográficas*, Madrid.
- A. Grafton et alii (eds.) (2010), *The classical tradition*, Cambridge (Mass.) & Londres.
- G. Highet (1949), *The classical tradition. Greek and Roman influences on western literature*, Oxford.
- M. Menéndez Pelayo (1902), *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*. Tomo I, Madrid.
- J. Rubio Tovar (1997), "Cincuenta años de *Literatura europea y Edad Media Latina*, de E.R. Curtius (1948-1998)", *Revista de Occidente* 197, pp.154-166.
- J. Tate (1956), reseña a R.R. Bolgar (1954), *The classical review (New series)* 6/1, pp.59-63.
- A. Warburg (2005), *El renacimiento del paganismo. Aportaciones a la historia cultural del Renacimiento europeo*. Edición a cargo de Felipe Pereda, Madrid.

